

SERMON QUINCUGÉSIMO TERCERO.

De la comunicacion sobrenatural del hombre con Dios.

Principiemos fijando el punto adonde hemos llegado en la exposicion del misterio de los destinos, tal como lo profesa la doctrina católica. Segun esta doctrina, existe un ser infinito, eterno, subsistente por sí mismo, que es uno, sin ser solo; porque halla en su propia esencia las relaciones de que resulta con el movimiento necesario de su vida la plenitud absoluta de su perfeccion y de su felicidad. Ser único y pleno, Dios se bastaba á sí mismo. Ninguna necesidad, ninguna utilidad le llamaba fuera de sí; veía en su inteligencia la imágen inagotable de una multitud de seres limitados diferentemente; se sentía con suficiente poder para hacerles pasar del estado posible al estado real; pero siendo perfecto y feliz en el desarrollo interior de su triple personalidad, podía no usar de él, y dejar en reposo en el fondo de su espíritu el espectáculo eterno de los mundos que no existian. Solamente su bondad le inclinaba á comunicar gratuitamente la vida; y por esto, en el día que le plugó, ó mas bien en ese día indivisible que solo tiene momentos distintos para los seres pasajeros que le contemplan, Dios creó el universo. Creóle de modo que pudiera realizarse la perspectiva indefinida de lo posible, tal como lo veía en su inteligencia; y el hombre, que reunia en su doble naturaleza todos los elementos y todos los rasgos de aquella, fué colocado en el centro de esta obra para ser su vínculo y su mas completa representacion. Dios es pues el principio de las cosas. Pero por la misma razon porque se ha determinado á ser este principio, es tambien su fin, es decir, su término ó su objeto. Porque, habiendo creado Dios por un acto de bondad, quiso comunicar á sus criaturas su propia perfeccion y su propia beatitud, lo cual solo puede realizarse por la unión íntima de su vida con la de ellas. De donde se sigue, que la ley general de todos los seres creados es aspirar á Dios; los espíritus por un esfuerzo libre y directo, y los cuerpos por su asociacion á los espí-

ritus en la persona del hombre. Y á fin de que fuese posible esta ascension de lo finito hácia lo infinito, Dios, autor de las inteligencias, les dió, en el dia mismo de su creacion, la verdad y el amor; la verdad para conocerle, el amor para amarle; y el padre de los seres se encontró que era juntamente y en un mismo momento su principio, su fin y su medio.

Tal es, señores, el primer plan de la doctrina católica, y el primer plan de nuestros destinos.

Pero, ¿es esto todo? ¿Se ha limitado Dios para atraernos á sí á poner bajo nuestros ojos el espectáculo de la naturaleza, y á encender en nuestra inteligencia el astro de la razon? ¿Es acaso imposible toda otra comunicacion entre él y entre nosotros, otra comunicacion mas directa, mas próxima, mas profunda? ¿No tenemos ya nada que esperar ó que pretender hasta el dia en que se consume en la eternidad el misterio de nuestra creacion? El racionalismo lo afirma; él declara, y esto es lo que le separa de nosotros en el fondo mismo de su esencia, que no hay nada entre Dios y el hombre sino por medio de la razon; que toda otra via es quimérica; todo otro comercio una ilusion ó una impostura. Pero la doctrina católica no acepta esta sentencia; ella cree y enseña que la naturaleza y la razon son únicamente el peristilo de la verdad, la primera antorcha del templo, y que el hombre con este auxilio, por grande que sea, es un ser incompleto, que no sabria llegar al término de sus destinos, es decir, á Dios. Hé aquí, señores, la cuestion formidable que se halla ante vosotros. En el fondo, todo cuanto os he dicho en el año último de los dogmas cristianos, no encierra mas que una filosofia espiritualista; hay sabios que se inclinan con respeto ante esa parte de la verdad religiosa, y si no fuéramos mas lejos, permaneceríamos dentro de los límites de la sabiduría humana. La doctrina católica no nos permite quedarnos aquí; sino que nos obliga á traspasar estos estrechos límites, y á enseñaros que existe respecto de nosotros mas allá y sobre la accion creadora á que debemos los elementos de vida, de conocimiento y de amor que tenemos, una accion de Dios mas penetrante y mas profunda. ¿Cuál es esta accion? ¿Existe en realidad? Hé aquí lo que es necesario saber.

MONSEÑOR : (1)

Vos sois el tercer arzobispo de París ante quien anuncio desde

(1) Monseñor Sibour, arzobispo de París.

esta cátedra la palabra de Dios. Vuestros dos últimos predecesores han sido heridos por el rayo; ambos han llevado á Dios prematuramente la cuenta llena y no obstante inacabada de su episcopado. El uno vió su palacio trastornado de arriba abajo por mano de la multitud, y despues de responder á este acto de furor con diez años de beneficios, murió sin haber obtenido de la justicia de los hombres la reparacion que se debia á su piedad, á su bondad y á su valor. El otro se ha ofrecido por sí mismo en holocausto; ha caído mortal desarmando la guerra civil, y el pueblo, conmovido con esta víctima su pacificadora, la ha conducido á este templo, donde le ha hecho un sepulcro mas grande que su trono, y una resurreccion tan gloriosa como lo fué su muerte. Dios os ha elegido, Monseñor, para suceder á esos dos hombres y para continuar la historia de la silla de San Dionisio; Dios os ha juzgado digno de ocupar un sitio donde no podian ya sentarse mas que la caridad, que hace al mártir, y la grandeza de alma, que hace al ciudadano. Yo os deseo dias mas felices que los de vuestros predecesores, una gloria menos agitada, un fin menos prematuro; no porque dude de vuestro corazon, si os llamase Dios á igualarles en el peligro y en el honor de las tribulaciones, sino porque solo á Dios toca desear á los hombres y enviarles desgracias tan grandes como sus virtudes.

Señores :

No os daré cuenta de mis actos públicos en el año memorable que acaba de cerrarse. El tiempo tal vez se ha encargado de explicarlos y de ratificarlos; no os diré, pues, mas que él. Mi mision no es hablaros de mí, sino hablaros de Dios, y de vosotros en lo relativo á vuestras relaciones con Dios. Hé aquí la montaña donde yo he colocado mi vida y donde quiero colocar la vuestra. Subamos, pues, á ella juntos, y desde ese elevado lugar que domina el tiempo y las pasiones, digamos á la tierra las únicas verdades que la salvan.

Puesto que Dios es el fin del hombre, y que nos ha criado para ser perfectos y dichosos en él, es claro que á no hallarse enteramente equivocados en el mundo los planes de la creacion, debe haber hombres que se dirijan á su fin, buscando y amando á Dios. Y no obstante, debe haber asimismo, por consecuencia de la libertad humana, otros hombres que desprecien á Dios, su principio y su fin, para abandonarse á la seduccion de las cosas creadas. Tal es, en efecto, el espectáculo que nos presenta sin interrupcion la his-

toria del mundo. En cualquier época que se la consulte ó que se la mire, vense luchar en ella dos grandes partidos que se disputan el gobierno de los espíritus: el partido de Dios y el partido del hombre; el partido de los santos y el de los sabios. Si es, pues, cierto que no tenemos otro medio para llegar á nuestro fin divino que la naturaleza y la razon, es claro que el partido de Dios ha debido apoyarse únicamente en los recursos del orden natural. Y no obstante, señores, no es así. El partido de Dios existe y ha existido siempre, y se halla dotado de una fuerza que no ha podido destruir ningun otro, ni los siglos, ni los reyes, ni los sabios. Los siglos han venido con el imperio y los artificios de la duracion; el partido de Dios los ha visto pasar, y se ha servido de ellos para sobrevivirles. Los reyes han tenido en sus manos todo el poder del hombre; el partido de Dios ha bendecido ó ha maldecido su tránsito, y en uno y otro caso, ha echado tierra sobre su cabeza y ha permanecido vivo. Los sabios han escrito libros y se han creado reputaciones; el partido de Dios se ha apoderado de sus libros, y ahora que su fama no es mas que un recuerdo sin virtud, se sirve aún de sus cenizas para engrandecer su propia inmortalidad. Pues bien, ¿dónde toma su imperturbable vida, en medio de la caducidad general, este partido tenaz y victorioso? Ya os he dicho, señores, que no es en la naturaleza y la razon. No hay duda que reconoce sus derechos, que usa de ellos en provecho suyo; pero solo es como principios que no tienen una elevacion correspondiente á la grandeza de nuestros destinos, y que no son mas que la aurora de un dia mas perfecto. Su fuerza se halla, segun declara él mismo, en una doctrina que no viene de la naturaleza y que desconcierta la razon. Allí, en ese foco misterioso, es donde toma el partido de Dios la luz que le guía, la virtud que le purifica, el valor que le eleva sobre las persecuciones del tiempo; y lejos de ocultarlo, se gloria de ello.

Si, por el contrario, consideramos el otro partido, el partido del hombre, y tratamos de conocer el fundamento de sus convicciones y de sus actos, tampoco hallaremos que lo oculte; este partido nos declara en voz muy alta que no tiene otra ciencia que la de la naturaleza, ni otra verdad que aquella cuya demostracion, lugar y principio es la razon: que si mas allá del universo existe un ser invisible, libre de los límites á que se hallan circunscritos todos los seres, el partido del hombre pretende no tener idea de ello sino por la revelacion interior del espíritu ó por la conclusion que se saca de los fenómenos del mundo. Pero bien admita ó rechace la exis-

tencia de este ser superior, el partido del hombre no mantiene ninguna comunicacion real con él. Los sabios que han dejado, como Platon, una memoria religiosa, se hallaban penetrados de un respeto formal á los vestigios de una tradicion cuya historia ignoraban. Estos sabios confesaban la insuficiencia de la inteligencia humana abandonada á sus propios recursos, y trataban de elevarse hácia Dios por el esfuerzo que no proviene de la razon, por el esfuerzo instintivo de la súplica. Pertenecian, pues, al partido de los santos por el deseo, y al partido de los sabios por la ignorancia.

Hé aquí el hecho, señores; donde quiera que se adora á Dios, es en virtud de una doctrina sobrenatural; donde quiera que se le desconoce, es en nombre de la naturaleza y de la razon. Por extraño que sea este resultado, no es posible negarlo. Volved los ojos adonde queráis; entrad en el templo que gustéis, y hallaréis, aun en el umbral, la profecía y el sacramento: la profecía, que es una palabra de Dios que contiene verdades inaccesibles á la razon; el sacramento, que es un acto dotado por Dios de una eficacia superior á todas las fuerzas de la naturaleza; y á cualquiera que desprecie estas dos cosas le veréis infaliblemente encorvado hácia la tierra, sin saber de Dios mas que su nombre, y sin tener con él otras relaciones que la ingratitud y el olvido.

Otra vez, señores, repito; hé aquí el hecho. ¿Pero qué debemos deducir de él? Debemos deducir que el comercio del hombre con Dios no se funda en el orden puramente natural, sino en un orden mas íntimo y mas profundo, que pone en contacto directo la personalidad humana y la personalidad divina. Sois libres en negaros á admitir esta conclusion; pero sabed que entonces destruis todo comercio del hombre con Dios, porque en realidad este es el único que existe en la tierra. Tal vez digais que os importa poco, y que precisamente opinais que este comercio no es mas que una imposura ó una ilusion.

Aquí, señores, cambia de aspecto la cuestion. No se trata ya de saber cuál es en realidad en el género humano el modo ó la forma de los actos religiosos, sino cuál es el valor lógico de estos actos, tales como los ejecuta el género humano. Digo el género humano, y esta es la primer cosa que debo fijar para fundar mis ratiocinios: ¿la humanidad es religiosa? ¿es religiosa bajo la forma sobrenatural?

Parece que no se puede pretender que sea la humanidad religiosa, puesto que yo mismo he confesado que la humanidad se

dividia en dos partidos: el partido de Dios y el partido del hombre; el partido de la fe y el de la incredulidad. Pero fácil es ver que esta division, por real que sea, no destruye la universalidad y la perpetuidad del culto religioso entre los hombres, y así, no nos quita el derecho de afirmar que la humanidad es religiosa. Y en efecto, mientras que no aparezca en la historia ningun pueblo sin el signo y el *palladium* de una fe positiva, sin templo, sin altar, sin sacerdocio, es decir, sin una religion constituida, la incredulidad se muestra en ella siempre bajo una forma individual, unas veces proscrita, otras tolerada, rara vez poderosa, y nunca llegando á fijarse como la expresion pública y social de una nacion. Lejos de elevarse la incredulidad á un carácter universal, ni aun llega á obtener el honor de la nacionalidad; circula ó gira de hombre en hombre, á la manera de un veneno que se inocular, y que, aun cuando llegue á formar la peste, permanece en su expansion en el estado de accidente, de calamidad y de azote; porque hay porciones considerables de la humanidad que no la han conocido; tal es el Oriente. Allí, bajo un cielo espléndido y ardoroso, levanta el hombre mas naturalmente sus ojos hácia la invisible esfera habitada por Dios; y cree y ruega y adora y contempla, sin pensar en ello por decirlo así; y si la duda y la incredulidad llegan hasta su entendimiento, deján en él los vestigios de un sueño mas bien que de una tentacion.

Hay épocas que son bajo este respecto como los pueblos. Los tiempos, considerados en su serie, son religiosos. Si forman algunos una excepcion, esto es, si algunos presentan mayor número de apostasias individuales, son tiempos de decadencia que, acabando su ciclo doloroso y corrompido, traen en breve del fondo de la eternidad, con dias mas jóvenes, creencias mas respetadas. Y así como hay razas que no conocen la irreligion, hay tambien edades en que este misterio de iniquidad no tiene ni aun nombre. Tales fueron los primeros siglos de la república romana; tal es esa época memorable en que habiendo acabado el cristianismo el bautismo de Europa, retenia las naciones apasionadas bajo el cetro de una fe todavía unánime.

Ya se considere, pues, á la humanidad en el conjunto de pueblos que forman su cuerpo total, ya se la mire en su desarrollo secular, la incredulidad no aparece en ella sino en el estado de postracion, con la debilidad del aislamiento hasta en el número, con la impotencia de la perpetuidad hasta en la duracion, y el hombre perma-

necesita á los ojos de todos como un ser religioso en su corazón y su historia.

Pero ¿bajo qué forma lo es? Nada absolutamente es más variado que el espectáculo de los cultos que llenan la tierra. Todos ellos difieren en la doctrina, en la moral, en las ceremonias, en el sacerdocio, en sus enemistades, y parece imposible, por cualquier lado que se les considere, reunirlos en una arquitectura común. Y no obstante, señores, no hay uno solo que bajo la relación de la forma no tenga el mismo punto de partida y la misma constitución. Todos piden á sus prosélitos que se inclinen con el respeto y la obediencia de la fe ante un dogma sagrado, es decir, ante una doctrina que ha descendido de Dios por una revelación inspirada ó profética. Mientras parte la ciencia de la observación de la naturaleza, y la filosofía de la investigación de la razón, la religión invoca siempre y por doquiera la profecía, es decir, la palabra de Dios, comunicada primeramente á un enviado, y transmitida después por la tradición á los labios del sacerdote que la da como la ha recibido por una herencia inviolable que viene del cielo. El sabio, el filósofo y el sacerdote son los órganos de una triple enseñanza, cuyas luces pueden auxiliarse con un mutuo reflejo; pero los tres tienen su principio propio y su carácter incommunicable. Ninguno de ellos se equivocó jamás. El sabio establece, el filósofo razona, el sacerdote afirma en nombre de Dios. Y así es que la definición misma de estos tres géneros de hombres nos demuestra que todo culto se funda en una profecía, ya sea que realmente el autor de ella haya sido inspirado por Dios, ya sea que haya usurpado por una culpable imitación el título y la potestad de profeta. Pronto veremos, señores, cuál es el medio de discernir lo verdadero de lo falso, en una materia en que la impostura tiene tan graves consecuencias; pero aquí la misma impostura prueba la verdad que quiero establecer. Porque os pregunto, ¿para qué se había de hacer una mentira del nombre de Dios, si el nombre de Dios invocado en testimonio del dogma no fuese necesario para la vida de toda religión?

Así pues, del mismo modo que guarda cada pueblo la memoria del legislador ó del conquistador que le fundó, así ha consagrado cada culto, verdadero ó falso, la historia del profeta que le llevó del cielo la palabra de Dios. Los cristianos le llaman Jesucristo, los judíos Moisés, los persas Zoroastro, los hindous Boudha, los musulmanes Mahoma; y si hay cultos que no conocen personalmente á

su divino institutor, esta ignorancia consiste en que no son más que, como el politeísmo de los griegos y de los romanos, una corrupción confusa de sistemas anteriores.

Hé aquí pues confesando todas las religiones, es decir, la humanidad misma religiosa, que el comercio del hombre con Dios descansa en verdades de otro orden que las de la razón, y en una luz diferente y más alta que la que ilumina naturalmente las inteligencias creadas. Pero no es esto todo: al lado de la profecía, antorcha universal y perpetua donde se enciende la fe, se manifiesta y se impone el sacramento, otra institución reputada divina, que tiene por objeto la purificación, la elevación, la santificación del alma, su unión con Dios por una virtud que pasma y que excede á las fuerzas de la naturaleza. Vosotros, señores, que me escucháis, sois hijos del sacramento. No bien respiráis, no bien habeis abierto los ojos, y aun no habeis pensado, deseado, ni pedido nada, cuando ya los que os aman, llenos de una inquieta solicitud, os separan de las primeras miradas de una madre para llevaros á la sombra vasta y silenciosa de un misterioso lugar. Un hombre ha venido y ha derramado agua y pronunciado palabras sobre vuestra cabeza; ha mandado retirarse de vosotros á los espíritus enemigos; ha entrado en vuestra alma para quitar de ella el mal y para sembrar en ella el bien; os ha dado su fe y la de vuestros padres, una esperanza infinita, un amor que la belleza de todas las criaturas juntas no hubiera podido daros; os ha sacado de los límites de la naturaleza y de las oscuridades de la razón; os ha hecho miembros vivos de una ciudad invisible, hijos y coherederos de Dios, dignos de oír y de repetir su nombre, de contemplar sus obras, de considerarlas sobrado estrechas para vosotros, y de aspirar en fin á su eternidad como á vuestra patria natural y verdadera. Todo esto se ha realizado en vosotros sin intervenir vosotros en ello. Urgía el tiempo; temíase que un solo día de demora os privase del beneficio de este acto incomprensible, y si hubiera sido preciso elegir entre vuestra muerte actual y vuestra vida futura, los que más os amaban y que os amaban los primeros, vuestra madre no hubiera vacilado en perderos en el momento en que nacíais, con tal que llevaseis con vosotros el signo de la cruz en el signo del agua. Hoy podeis despreciar estos dones; pero por más que queráis despreciarlos, los habeis recibido, existen por más que hagais, y la fe de trescientos millones de almas, apoyada en la fe de cien generaciones, os afirma que la consagración de vuestro bau-

tismo es de una inmortalidad contra la cual no tiene asidero ni efecto rebelion alguna.

Paso, señores, sobre otros sacramentos del cristianismo: todos vosotros los conoceis, y nadie de vosotros duda que sean una parte esencial de la religion de Cristo, el medio que nos ofrece para elevarnos de la tierra al cielo. ¿Pero sucede lo mismo en los demás cultos? ¿Es en todos ellos el sacramento el modo inviolable de las comunicaciones del hombre con Dios? Sí, en todos, señores; desde las selvas sagradas de la Escandinavia hasta las pagodas extrañas de la China; desde la piedra de los drúidas hasta el altar de la Grecia; desde los tiempos mas modernos hasta las edades mas remotas, por todas partes y siempre el culto es sacramental, como es profético el dogma. Sacrificios, aguas lustrales, expiaciones, iniciaciones, ritos sangrientos ó gozosos; hé aquí lo que es el alma de todas las liturgias y la funcion de todos los sacerdocios. Un solo culto, el de Mahoma, se ha mostrado avaro en esto, porque este culto no es mas que un Deismo, revestido de revelacion; y no obstante, Mahoma conservó aún el vestigio del sacrificio, al mismo tiempo que hacia de la súplica el fundamento práctico de su edificio religioso. Y la oracion es por sí misma un sacramento, cuando se le supone una eficacia de impetracion que excede evidentemente los límites de un acto natural.

En lugar, pues, de ser la moral, como debería ser, el único y verdadero medio de unirnos á Dios, si solo consultásemos la luz de la razon, hé aquí que todos los cultos nos presentan para conseguir este objeto supremo yo no sé qué operaciones cuya virtud estriba únicamente en la voluntad que los instituyó; y así como la razon se halla subordinada á la fe en el orden del entendimiento, así la moral se halla subordinada al sacramento en el orden de voluntad. No es esto decir que la fe deba destruir la razon, ni el sacramento la moral, sino que, por el contrario, la fe se da para engrandecer la razon, y el sacramento para perfeccionar la moral. Ahora bien, cuanto mas extraordinario es este resultado, mas merecen de nosotros una fecunda y respetuosa consideracion su universalidad y su perpetuidad, lejos de inspirarnos una admiracion estéril.

Por esto, os ruego que advertais que la profecía y el sacramento no son una obra secreta, oculta en el fondo de los santuarios y revelada solamente á los iniciados; sino que levantan ambas su cabeza con la valentía de la fe, y que son públicas como la religion.

Y no es poco, señores, la publicidad, sobre todo una publicidad universal y perpetua. Hoy, mas que en ningun otro siglo, podeis juzgar cuan temible es la prueba, puesto que todo está lleno de las ruinas que ella causa cada dia, y con las que responde á la audacia de los que la arrostran con tanta mas irreflexion, cuanto que no hubo jamás en el mundo menos desconfianza de sí y mas facilidad de hablar desde muy lejos y en voz muy alta. En otro tiempo, cuando un hombre dotado de los mayores dones de la inteligencia, Pitágoras por ejemplo, creía haber recibido del Cielo un pensamiento útil para la felicidad del género humano, permanecia en cierto modo atemorizado; meditábalo por largo tiempo en sí mismo; despues, incierto de su propio genio, iba de santuario en santuario, interrogando á los sacerdocios famosos por la tradicion, á las ciencias *emblanquecidas por la edad*, segun la palabra de Platon, y despues de años enteros nutridos con estas divinas pláticas, apenas se creía con el derecho de abrir sus labios para difundir á su vez su enseñanza. Y no era á la multitud á quien osaba entregar el fruto de sus largas meditaciones, sino á muy raros discípulos, probándose con ellos por medio de abstinencias, de ayunos y de todas las austeridades de una vida retirada de los hombres. Así pagaba la gloria por lo menos este respeto á la verdad; y vivia el nombre de Pitágoras si no vivia su doctrina. No sucede lo mismo en nuestro siglo, señores: el mas jóven de nuestros contemporáneos, en cuanto ha descubierto una idea en su entendimiento, no teme entregarla al viento de la publicidad; habla, escribe, imprime, no está contento si su pensamiento no da la vuelta á Europa en ocho dias. La publicidad le obedece; ella conduce de Oriente á Occidente la hoja ligera que una conciencia intrépida acaba de confiarle; pero trae tambien á la mañana siguiente, mas presto aún, el silencio y el olvido. Lo que hubiera protegido el misterio, lo mata la publicidad. Es cierto que la publicidad es la gran via de las inteligencias; pero no basta tomar una gran via, es necesario seguirla hasta el fin, y nada es mas difícil ni menos comun á juzgar por el espectáculo de que somos testigos. Nuestro siglo es el siglo de las grandes vias, pero de las vias cortas.

Y en efecto, esto consiste en que la publicidad encierra una confrontacion inmensa del pensamiento con todas las inteligencias, con todos los derechos, todos los intereses, todos los establecimientos, todas las verdades adquiridas, todas las costumbres arraigadas, todo lo que se mueve en el espacio y en el tiempo. Es una lucha de lo nuevo contra lo antiguo, del progreso contra la estabilidad, y recí-

procamente, de lo antiguo contra lo nuevo, de la estabilidad contra el progreso, lucha sangrienta y cotidiana donde lo que es vano no puede resistir largo tiempo. Por esto, señores, busca el error, aun en el día, el imperio en las sombras del secreto. Tal vez creéis que el peligro del siglo diez y nueve está en una publicidad sin freno, y no hay duda que esta publicidad lleva consigo muchos males; pero estos males no pueden compararse con los que se preparan en los complotos invisibles del pensamiento. El mediodía no es mas que el reflejo de la noche, la publicidad no es mas que el eco del silencio. El rayo, ántes de lanzarse por las bocas del volcan, ha abierto bajo tierra abismos de donde saca su impulso. Si tiembla la Europa no es porque habla hoy, sino porque ha callado largo tiempo en las tinieblas de las sociedades secretas. Hoy nos hallamos en la hora del juicio, porque estamos en la hora de la publicidad. Es necesario que comparezcan las doctrinas en el tribunal del entendimiento humano y de la experiencia histórica; es necesario que se despojen del encanto de lo desconocido y de los velos de la hipocresía; que respondan á toda pregunta, que satisfagan toda necesidad, que vivan sostiniéndose por sí mismas contra la inconstancia de la humanidad. Así ¡ cuántas no habeis visto morir, no obstante vuestra juventud! ¡ Cuántas no morirán ántes que vuestra propia mortalidad os aparte de este espectáculo de impotencia y de mutacion! Es duro asistir á él, señores; pero al menos aprendemos así la vanidad del error ante la prueba de la discusion y de la duracion.

Admirad pues conmigo en la institucion sacramental y profética una publicidad de sesenta siglos. Los templos estaban abiertos; el humo del sacrificio subia libremente hácia el cielo; la sangre y el agua corrian por la frente de los fieles á la faz del impío: el mundo ha visto y ve aun. Nada se le ha ocultado: nada se le oculta. Mirad, hé aquí la uraa del bautismo; hé aquí el lugar donde se arrodilla la fe, confesando y reparando sus faltas; hé aquí el tabernáculo donde descansa bajo las especies de pan la carne viva de un Dios; y oid tambien la palabra que revela y anima todas las cosas; ella no huye ante vosotros, se os presenta á la faz, os estrecha, os manda en el nombre de Dios. Reíos, os es permitido; podeis golpearos el pecho; pero ya respondais con el insulto ó con la adoracion, la profecía subsiste, el sacramento persevera; mañana moriréis, y mañana sellarán vuestro sepulcro. ¿No debeis pensar en esto? ¿No debeis saber de dónde viene á esta extraña institucion una duracion igual á su publicidad, una duracion de todos los siglos, ante una publicidad de todos los tiempos?

Pero la publicidad no es el último carácter por donde podamos juzgar del papel que representan en la humanidad la profecía y el sacramento. Si la humanidad tiene destinos cuyo término es Dios, tambien tiene otros cuyo horizonte es la naturaleza; si forma con sus relaciones con Dios una sociedad divina, tambien forma durante su permanencia en el mundo una sociedad puramente humana. Entre estas dos sociedades tan diferentes por su objeto, su modo y su fin, parece que no deberia haber ningun punto de contacto, ó al menos, que los medios sobrenaturales de la una deberian ser extraños á los efectos naturales de la otra. Pero no sucede nada de esto. La profecía y el sacramento, que son la base de la religion, lo son tambien de la sociedad civil. Esto es lo que han juzgado todos los pueblos, puesto que todos han agregado la religion bajo una ú otra forma á la cosa pública, y han venerado en el sacerdocio uno de los principales instrumentos de la solidez de los imperios. El sacerdote, el guerrero, el magistrado, tales han sido siempre las tres columnas de la sociedad humana: el magistrado por la justicia; el guerrero por la espada; el sacerdote por la profecía y el sacramento, de que es viva incarnacion. No es esto decir, que no concurran otros muchos officios á la estabilidad como al movimiento del orden social, pues todos, cualesquiera que sean, tienen en él una parte honrosa; pero el honor tiene su gerarquía tan bien como todo lo demás, y es seguramente notable, por no decir prodigioso, que entre tantos ministerios humanos cuya utilidad y gloria son innegables, haya obtenido de los pueblos el ministerio sobrenatural del sacerdote un lugar elevado en la organizacion de su vida temporal. Aun en el día, señores, en que se ha introducido por la primera vez la idea de la separacion de las cosas humanas y divinas, no quiere decir esto que la religion sea relegada fuera de los asuntos y de los intereses nacionales, sino solamente que debe obrar sobre ellos con una accion mas independiente de su gobierno exterior. La religion no ha perdido nada en esta situacion de su influencia social, ni es menos reconocida como el alma de la civilizacion del tiempo; tal vez no ha habido otra época en que se haya conocido mas vivamente su necesidad como principio del mismo orden humano. ¡ Cuántas ruínas, señores, á nuestro alrededor! Y ¿qué es lo que no ha tocado la mano de Francia desde hace sesenta años para destruirlo? ¿Qué cosa ha quedado en pié? ¿Qué existe que no se halle al menos herido? La veneracion huye de los reyes; ni la guerra, ni la herencia, ni la eleccion de las revoluciones, han podido crearnos una monarquía; aba-